

La luciérnaga nº42

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DEL IES LUIS DE LUCENA

FALLO DEL CONCURSO DE MICRORRELATOS

El jurado ha acordado conceder los siguientes premios:

1^{er} premio *ex aequo* en la categoría de 1º y 2º de ESO: *Desértico*, de **Candela Prieto**, y *Actúa*, de **Inés Mediavilla**.

1^{er} premio en la categoría de 3º y 4º de ESO: *Un momento de silencio y luego un respiro*, de **Helena Mediavilla**.

1^{er} premio en la categoría de Bachillerato y Ciclos Formativos: *El reloj*, de **María Iruela**.

El departamento de Lengua Castellana.
3 de marzo de 2017.

UN MOMENTO DE SILENCIO Y LUEGO UN RESPIRO

Estaba sereno y feliz por descubrir algo nuevo, pero temeroso por lo que me iba a encontrar. Había tantos años que vivir... En aquel entonces no tenía conciencia, no pensaba; estaba cómodo y caliente en medio de la penumbra.

A veces oía una vocecita que me hablaba, me alimentaba, me cuidaba e incluso me presentaba a otra gente.

Me revolví buscando una postura cómoda. Hacía un rato que esa vocecita hablaba, lloraba y también reía nerviosa de vez en cuando. Pero no era la única; había otras que, aunque no alcanzaba a escuchar, estaban allí.

Un minuto después, los lamentos fueron mayores. Oía ruidos extraños que no conocía y, sin embargo, seguía tranquilo, como si aquello no fuera conmigo.

Poco después, me vi alterado y apretado. A veces me soltaba de esa presión, pero siempre volvía y me hacía balancearme y rebotar desagradablemente.

Duraron un buen rato tales contracciones hasta que me vi empujado.

Sí, señor, ¡empujado hacia abajo! Noté cierta molestia, porque era la primera vez que comenzaba a moverme y a salir de mi universo. Oía gritos, pero también voces tranquilas.

Deslizándome hacia abajo entre estrechas y resbaladizas paredes noté cómo cada vez había más luz a mi alrededor. Poco a poco, finalmente vi la luz.

Había mucha claridad y me cegaba la vista. Tenía frío y estaba confundido. Distinguía formas, sombras, figuras. De repente, me dieron un golpe fuerte y empecé a llorar enseguida.

Fue como volar en el vacío. Aquella primera bocanada de aire activó mis pulmones, que comenzaron a funcionar acto seguido. Jamás antes había cogido aire por la boca y aquello fue como comenzar desde cero una nueva vida en otro mundo distinto.

Helena Mediavilla Galilea, 4ºESO

DESÉRTICO

Justo en ese instante, se me cayó la botella en la fina arena de ese inmenso desierto. En ese momento me di cuenta de que mi existencia iba a ser nula dentro de poco. No tenía ya nada con que alimentarme. Allí estaba yo frente a la Naturaleza. O quizás la Naturaleza frente a mí.

Candela Prieto, 1ºESO

ACTÚA

Algunos se reían. Otros lo ignoraban. Y el resto no sabía qué hacer. Estela estaba más bien entre los últimos. Lo estaba viendo con sus propios ojos, estaba ahí y, supuestamente, debería haber hecho algo. Pero viendo lo que estaba pasando, todo el grupo estaba totalmente paralizado. Quería actuar, pero algo imaginario les empujaba hacia atrás, les estrujaba hasta dejarles prácticamente sin aliento y les aplastaba con un yunque pesadísimo hacia abajo, sin permitirles moverse ni reaccionar ante lo que sus ojos estaban viendo. En la mirada de Estela había un

destello de pánico y horror, pero a la vez se escuchaba una voz en su interior que decía: “¡Ve, ve y actúa, cobarde!”

Pero, por desgracia, su parálisis era más poderosa. A pesar de ello, consiguió más o menos cerrar los ojos, mantener la calma y analizar la situación. Eso ya era un paso, dado que ningún otro lo hizo. Respiró hondo, aún con los ojos cerrados, y de pronto, sin previo aviso, los empujones hacia atrás se fueron, el estrujamiento cesó y el yunque se esfumó, permitiendo así a su libertad de movimientos volver.

Para colmo, el pobre chico gritaba a cada empujón, con dolor en sus sollozos. Era un dolor que incluso le parecía sentir en sí misma. Seguía con los ojos cerrados y tratando de mantener la calma, pero cuando lo analizó todo y abrió los ojos, estos estaban prácticamente llameantes. Llameantes de... ¿furia? ¿Podía ser que estuviera sintiendo furia porque estuvieran pegando a un niño al que solo conocía de vista? ¡No sabía ni su nombre!

Algunos alumnos que estaban en el banco de al lado se fueron a uno más alejado.

Entonces, Estela sintió en su interior una bomba a punto de estallar: 5, 4, 3, 2, 1... 0

Pero lo que explotó no fue fuego ni nada peligroso; al contrario, fue como una explosión de valor, de energía. En aquel momento supo con certeza que todos estaban aterrorizados, que no había logrado quitarse sus ataduras, y supo también que si ella no hacía algo, nadie lo iba a hacer. Empezó a caminar hacia ellos con decisión y con la intención de parar eso. Se abrió paso entre todos los que estaban en su camino. Solo tenía un objetivo: llegar hasta ellos. Llegó justo a tiempo, se puso delante de la víctima.

-¡Aparta, niñata! –le dijo el matón.

No se movió, ni un poco. Estela dijo, muy calmada:

-¿Por qué le pegas? No te ha hecho nada. No vas a ser más importante por pegar a alguien. Si quieres pegarle, tendrás que pegarnos a los dos.

Entonces su amiga Ana, que estaba mirando atónita, despertó como de un sueño, se unió a ella y dijo:

-A las tres.

-A las cuatro. -se oyó la voz de Gisela. Y se unieron también Eva, Paula, Adrián, Lisa, Ismael y así prácticamente todos los demás de su clase, que se fueron uniendo para proteger al chico que permanecía tirado en el suelo. El acosador se quedó perplejo y se dio cuenta de que no podía seguir, se había quedado

solo. En ese momento, el matón se giró y vio a la jefa de estudios con cara de pocos amigos. Estela sonrió satisfecha.

Inés Mediavilla Galilea, 1ºESO

Los
libros
de
micro-
cuentos.



EL RELOJ

Sofía se encontraba en la pequeña habitación de la casa de sus abuelos donde había ido a pasar unos días durante el verano. Estaba deshaciendo el pesado equipaje. Abrió el cajón de la cómoda para guardar las cosas cuando vio brillar algo en el fondo: estiró la mano y lo agarró. Se trataba del reloj de su abuelo. La chica lo observó y vio que aún funcionaba, aunque las manecillas marcaban una hora incorrecta. Decidió ajustarlo. Al hacerlo, miró a su alrededor y vio cómo todo había cambiado: fuera ya no resplandecía el sol sino que una gran luna hacía brillar la nieve acumulada en la calle. Escuchó unos pasos aproximarse a la habitación en la que se encontraba. Miró a través de una rendija y vio unos muebles antiguos y a un muchacho de unos trece años. Lo reconoció al instante: era su padre. Sofía comprendió que había viajado en el tiempo. Se asustó y ajustó el reloj nuevamente. En unos segundos todo volvía a estar igual que al principio. Acabó de colocar la ropa y lo guardó entre ella, con la esperanza de usarlo más veces. Salió y se encaminó al salón para reunirse con sus abuelos. El hombre, al ver entrar a su nieta, se levantó y se aproximó hasta ella. “Sé que lo has usado”, le dijo en un susurro. Después le guiñó un ojo. Aquel sería su pequeño secreto.

María Iruela Antona, 2ºBach.